

MARC FUMAROLI

CUANDO EUROPA
HABLABA FRANCÉS
EXTRANJEROS FRANCÓFILOS
EN EL SIGLO DE LAS LUCES

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2015



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Quand l'Europe parlait français*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1991 by Éditions de Fallois
© de la traducción, 2015 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Esta obra se benefició del P.A.P. GARCÍA LORCA, Programa de
Publicación del Institut français y del Ministerio francés de Asuntos
Exteriores y Europeos

En la cubierta, fragmento de *Diseño para la Gran Galería
del Louvre* (1796), de Hubert Robert

ISBN: 978-84-16011-60-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 852-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	11
I. PARÍS AL ALBA DE LAS LUCES: EL ABATE CONTI Y EL CONDE DE CAYLUS	29
Textos en homenaje a Madame de Caylus	60
II. UN ALCIBÍADES FRANCÉS Y SU PLATÓN INGLÉS: ANTHONY HAMILTON Y EL CONDE DE GRAMONT	65
Fragmento de <i>Diálogo sobre la voluptuosidad</i> de Anthony Hamilton	82
III. UN CICERÓN INGLÉS EN LA FRANCIA DE LUIS XV: HENRY SAINT JOHN, VIZCONDE DE BOLINGBROKE	89
Correspondencia del vizconde de Bolingbroke	102
IV. EL AQUILES FRANCÉS DE LOS AUSTRIAS: EUGENIO, PRÍNCIPE DE SABOYA-CARIGNAN	106
Correspondencia de Eugenio de Saboya	121
V. LELIO Y MARIVAUX	124
Fragmento de <i>Caracteres para uso del teatro</i> de Luigi Riccoboni	131
VI. EL CONDOTIERO DE LUIS XV: HERMANN-MAURICIO DE SAJONIA, MARISCAL DE FRANCIA	136
Cartas del conde de Sajonia a mademoiselle Adrienne Lecouvreur	146

VII. FEDERICO II Y VOLTAIRE	150
Cartas de Federico II a Voltaire	154
VIII. FEDERICA SOFÍA GUILLERMINA, MARGRAVINA DE BAYREUTH Y HERMANA DE FEDERICO II	168
Fragmentos de las <i>Mémoires</i> de la margravina de Bayreuth	174
IX. FRANCESCO ALGAROTTI Y FEDERICO II	183
Correspondencia de Federico II con el conde de Algarotti	195
X. CHARLOTTE-SOPHIE D'ALDENBURG, CONDESA DE BENTINCK, «LA SÉVIGNÉ DE ALEMANIA»	206
Correspondencia de la condesa de Bentinck	215
XI. EL MODELO PARISIÉN VISTO DESDE LONDRES: LORD CHESTERFIELD, PRECEPTOR DE SU HIJO	226
Cartas de lord Chesterfield a la marquesa de Monconseil	265
XII. LA MARQUESA DU DEFFAND: DE VOLTAIRE A WALPOLE	271
Cartas de Horace Walpole a Madame du Deffand	289
XIII. CATALINA LA GRANDE, CORRESPONSAL DE VOLTAIRE	298
Cartas de Catalina II a Voltaire	304
XIV. EKATERINA ROMÁNOVNA VORONTSOVA, PRINCESA DÁSHKOVA, UNA HEROÍNA RUSA «INTUS ET IN CUTE»	319
Conversaciones de la princesa Dáshkova	323

XV. EL FUEGO DE NÁPOLES Y EL ESPÍRITU DE PARÍS: EL ABATE GALIANI	331
Cartas del abate Galiani a Madame d'Épinay	335
XVI. FRIEDRICH MELCHIOR GRIMM Y EL ESTRABISMO DE LA ILUSTRACIÓN	343
Fragmentos de <i>El pequeño profeta de Boemishbroda</i>	358
XVII. WILLIAM BECKFORD, EL AUTOR DE «VATHEK»	365
Un fragmento de <i>Vathek</i>	380
XVIII. GOYA, LA MARQUESA DE SANTA CRUZ Y WILLIAM BECKFORD	385
Correspondencia de la marquesa de Santa Cruz con William Beckford	398
XIX. LUIGI ANTONIO CARACCIOLI Y «LA EUROPA FRANCESA»	407
Un fragmento de <i>La Europa francesa</i>	434
XX. GUSTAVO III DE SUECIA, PARISIÉN DE ESTOCOLMO	436
Correspondencia de Gustavo III	447
XXI. UNA NOVELA EN «LAS FAUCES DEL CÍCLOPE»: HANS AXEL DE FERSEN Y «LA AUSTRÍACA»	458
Carta de María Antonieta al conde de Mercy-Argenteau	464
Cartas de Hans Axel de Fersen a lady Elizabeth Foster	465
XXII. BENJAMIN FRANKLIN, LAS FRANCESAS Y LOS FRANCESES	469
Correspondencia de Benjamin Franklin	484

XXIII. UN EMBAJADOR DE LOS ESTADOS UNIDOS EN AYUDA DE LUIS XVI: GOVERNEUR MORRIS	489
Correspondencia de Gouverneur Morris	502
XXIV. UNA REINA DE INGLATERRA «IN PARTIBUS»: LOUISE-MARIE-CAROLINE DE STOLBERG-GOEDEN, CONDESA DE ALBANY	508
Prosas de la condesa de Albany	526
XXV. CHARLES-JOSEPH DE LIGNE, EL ÚLTIMO DE LOS HOMBRES DE INGENIO	531
Correspondencia del príncipe de Ligne	543
XXVI. UN TERRENO DE PRUEBA PARA LA ILUSTRACIÓN. POLONIA Y SU ÚLTIMO REY, ESTANISLAO II AUGUSTO PONIATOWSKI	553
<i>Agradecimientos</i>	590
<i>Apéndice: textos originales en francés</i>	592
<i>Índice onomástico</i>	719

PRÓLOGO

Este libro es un paseo al azar por los encuentros entre franceses y extranjeros, en un siglo XVIII en el que los franceses se sienten en todas partes como en su casa, en el que París es la segunda patria de todos los extranjeros y en el que Francia es objeto de la curiosidad general de los europeos.

El Siglo de las Luces comienza entre 1713 y 1714, con la firma de los tratados de Utrecht y de Rastadt que salva lo esencial de las posiciones de Francia en Europa. Concluye en 1814, con la entrada de los Aliados en París y la caída del Imperio napoleónico. De paso, nos encontraremos con sus generaciones sucesivas y con los principales acontecimientos que las marcaron. También haremos un viaje a través de la Europa de aquel entonces, y sus diferentes capitales: se partirá de París y de Versalles, a las que volveremos a menudo, pero también nos encontraremos en Londres, en Roma, en Berlín, en Dresde, en Viena, en San Petersburgo y en Varsovia, ciudades donde los individuos no apartan los ojos de París y de Versalles, como si estuvieran allí.

EL SIGLO QUE CREYÓ EN LA FELICIDAD EN LA TIERRA

Por todas partes encontramos esta disposición a la alegría llamada Siglo de las Luces y que hace de este siglo francés uno de los más optimistas que haya conocido la historia de la humanidad. Gracias a un conservadurismo notable, y poco puesto de relieve, los Estados Unidos de América, hijos del siglo XVIII y de su inmenso «lugar de memoria», siguen llevando hoy la impronta eufórica, ingenua y «joven» que fue

PRÓLOGO

borrada para siempre de Europa después del Terror de 1792-1794. ¿La Ilustración francesa? Un deshielo de lo sagrado, una religión intensa y profana de la felicidad y del momento de gracia, y cuya Jerusalén celestial está en París. Unas veces quietista, otras militante, con su alto y su bajo clero, sus fieles, sus libertinos, sus tartufos, fue perseguida en París mismo por sus propias herejías cuyo dogma feroz puso de manifiesto Chateaubriand:

En el fondo de estos diversos sistemas, descansa un remedio heroico, confesado o sobreentendido; sólo se duda del momento de ponerlo en práctica: este remedio es matar. Es algo simple, se comprende de maravilla, y se vincula a ese sublime terror que, de liberación en liberación, nos ha acorralado en las fortificaciones de París: masacrad sin contemplaciones todo cuanto impide avanzar al género humano.¹

No puede decirse que las guerras del siglo XVIII fueran «guerras galanas», sino que tuvieron lugar entre ejércitos profesionales, y sus batallas nunca fueron más que continuación de la diplomacia por otros medios. Nada que pueda compararse ni con la «primera guerra mundial» de los años 1701-1715, ni con la segunda, desencadenada durante la Revolución francesa, y que no acabó hasta 1815, en Waterloo, ni todavía menos con las guerras totales de aniquilación del enemigo que dieron comienzo en 1914. Los setenta años de paz y de prosperidad (muy relativas y desiguales según el lugar), años interrumpidos varias veces por conflictos locales, que conoció Europa en el siglo XVIII, son excepcionales desde todos los puntos de vista en el fondo permanente, sombrío y trágico de la historia europea. Alentaron a todas las facultades razonables y no razonables de felicidad y de es-

¹ *Memorias de ultratumba*, edición de J.C. Berchet, trad. José Ramón Monreal, Barcelona, Acanalado, 2000.

PRÓLOGO

peranza en la tierra en que vivían los europeos—y con una singular furia los franceses—a expandirse y acunarse en las nubes de un porvenir cada vez mejor, como los globos aerostáticos llenos de aire caliente de los hermanos Montgolfier que los súbditos de Luis XVI no se cansaban de ver elevarse por los aires y alejarse con el viento. El catolicismo, a pesar de las resistencias jansenistas, el protestantismo y el propio judaísmo tomaron los colores seductores de un paraíso próximo que todavía podemos ver, a la luz de sus altos ventanales acristalados, en la ornamentación de las iglesias, de los templos y de las sinagogas rococó.

Por todas partes, en esta Europa que cree asistir a una edad de oro, o que la cree inminente, encontramos embajadores profesionales, agentes o secretos o intermediarios a tiempo parcial, personas de mundo y de la alta sociedad que encuentran de lo más natural estar inmersos en un campo magnético que alimenta con su electricidad la inmensa y sutil red ininterrumpida de negociaciones diplomáticas de la que controlan uno de los hilos: esa incesante actividad negociadora es el principio de la armonía relativa, frágil, sensitiva, pero no obstante totalmente real y benéfica, que previene entonces a Europa contra cualquier conflicto mayor. Versalles, centro neurálgico de esta red, se permite incluso el lujo de tener dos diplomacias, una oficial, llevada a cabo por el ministro en funciones de Relaciones Exteriores, y otra clandestina y que dobla a la anterior: el Secreto del Rey.

Literatos, artistas, músicos, «virtuosos» del mercado de las antigüedades y de las obras de arte, que viajan a menudo de una capital a otra y mantienen una frecuente correspondencia con príncipes y soberanos, se muestran siempre, si se los observa de cerca, como colaboradores conscientes de una negociación iniciada o como catalizadores inconscientes de unas relaciones diplomáticas, estabilizadas y/o en vías de restablecimiento, entre dos cortes. La República de las Letras es una de las vastas redes que sirven de base a

PRÓLOGO

la intriga general. Su «rey» Voltaire, cuando pasa una temporada en Berlín o en Potsdam, es un intermediario de primer orden y siempre disponible entre Versalles y el rey de Prusia. La República de las Artes no le va a la zaga. El regreso de los comediantes italianos a París, que el regente pidió al duque de Módena en 1716, es una señal de paz dirigida a Europa. La estancia de un pintor o de un escultor francés en Estocolmo es la prueba de un estrechamiento de la alianza entre Francia y una Suecia siempre amenazada por San Petersburgo.

La tajante distinción que estamos tentados de hacer actualmente entre *cultura* y *diplomacia* sólo es un obstáculo para la comprensión de un siglo XVIII en el que la diplomacia lo impregna todo, porque ese siglo buscó apasionadamente una paz civilizada que sabía frágil: había comprendido que únicamente una diplomacia ininterrumpida—como la que había puesto fin en 1648 a la guerra de los Treinta Años y logrado los tratados de Westfalia—podía mantener la empresa imposible de respetar la inevitable diversidad europea, encauzándola sin cesar hacia la paz, y también sabía que la obra maestra del espíritu humano, el compromiso entre pasiones e intereses opuestos, se halla profundamente emparentado con las Bellas Letras y las Bellas Artes, fruto y gala de la paz. Fue esta conspiración general de los espíritus, cuyos hijos son tan numerosos que desafían la descripción y el análisis, la que se vio totalmente desbaratada y en gran parte dismantelada por el extremismo de la Revolución francesa, inconcebible y paralizante para unos hombres acostumbrados a la moderación y a la conciliación. No obstante, en el Congreso de Viena, la vieja diplomacia tratará de reconstituirse, en torno a Talleyrand y a Metternich, como sistema nervioso del equilibrio europeo. Lo que el siglo XIX tuvo de fecundo nació de esta toma de posición previa de prudencia que incluso Bismarck, evitando un daño demasiado grave a la Francia derrotada en 1870, hacía suya, y que se hundió definitivamente en la histeria nacionalista de 1914.